

ocasionaban. ¡Desgraciado y sin ventura entre tanto el francés que por cualquier incidente se encontrara, en poblado ó en desierto, aislado y separado de su columna! ¡Cuántos sacrificó así el furor popular! El paisanaje, que en su ruda lógica no veía en el soldado francés sino al guerrero de la nacion enemiga, lejos de inquietarle la idea de que perpetrase un acto de bárbara inhumanidad, persuadía de que ejecutaba una accion meritoria á los ojos de la patria, y aun á los ojos de Dios. Era el fanatismo religioso unido al sentimiento de la nacionalidad; y á un pueblo que obra á impulso de estas dos ideas no hay armas que le venzan ni ejércitos que basten á domeñarle.

Vióse Napoleon precisado á venir en persona á reanimar la guerra y á dar aliento á los suyos; y sin dificultad grande, que no podian oponerle una débiles tapias, se posesiona de la capital, donde queda su hermano José haciendo funciones de rey de España. No importa. Tambien el archiduque Carlos de Austria en los tiempos del primer Felipe de Borbon se hizo aclamar rey de España en Madrid. Pero Madrid deja de ser la capital de la monarquía española desde el momento que la ocupa un usurpador, y no es sino un pueblo mas de que se ha apoderado el enemigo. La capital de los españoles está allí donde se encuentra su legítimo gobierno. Fuerza es, no obstante, confesar que la presencia y los triunfos del emperador llegaron á poner á España en situacion harta apurada y angustiosa. De repente esta situacion se trueca y cambia. El emperador retrocede de improviso del corazon de la Vieja Castilla, donde se habia internado. Corre, avanza, vuela, quiere devorarse las distancias, desaparece. Sigue en pos de él el grande ejército. ¿Dónde va? ¿Quién le llama? ¿Qué le impulsa? A los pocos dias de hallarse en Astorga penetraba dentro de los muros de Viena. Con razon habia escogido por empresa el águila quien la igualaba en rapidez.

Era que la voz de la Junta Central de España habia resonado en apartadas regiones, y el Austria, oyendo su llamamiento, habia vuelto á declarar la guerra á Napoleon. Otra vez vence allí. Cada jornada suya señala un triunfo. Pero España ha enseñado al mundo á resistir; su ejemplo ha sido contagioso; y Napoleon, que derrota ejércitos, encuentra por primera vez una resistencia fatigosa en las masas del pueblo alemán que han aprendido de los españoles á insurreccionarse, y las condiciones de la paz de Viena fueron ya menos duras que las de los tratados anteriores. Napoleon se desvanecia allí con sus nuevas glorias, mientras acá las iban marchitando sus ejércitos enflaquecidos y menguados.

En medio del incesante afan de la pelea y del ruido y estruendo de los combates, España ofrecia á los ojos del mundo otro espectáculo no menos grandioso y sublime, de distinta índole y naturaleza. Los hombres ilustrados del país, aprovechando el gran movimiento popular para regenerar políticamente la España, habian acordado dotarla de instituciones análogas á los progresos de la civilización y á las ideas del siglo. Y cuando en Francia habian pasado los sangrientos ensayos de la revolucion, entonces se erigió en este extremo de Europa y en su punta mas occidental una tribuna, la única en todo el continente, en que hombres esclarecidos y vigorosos levantaban arrogantes su voz, y labraban el edificio de la libertad española. Era un cuadro magnífico y grandioso el de las Cortes de Cádiz, deliberando impávidas bajo el estruendo del cañon y al fulgor de las bombas enemigas. Allí encerrados los representantes de dos mundos en una isla azotada por las olas de dos mares y circundada de mortíferas baterías, libertaban de sus trabas el pensamiento, proclamaban la libertad de la imprenta, abolian la Inquisicion, y elaboraban el código político que habia de ser la ley fundamental de la monarquía: aquella Constitución que tantas vicisitudes estaba destinada á sufrir en el corto espacio de un cuarto de siglo, y que refundida despues, habia de dar nacimiento á la que recientemente ha regido y á la que de presente rige el Estado. Obra de legislacion no exenta ni de imperfecciones ni de dificultades de aplicacion, pero libro venerable como simbolo glorioso de desinteresado y heroico patriotismo, como la primera bandera de libertad que se enarboló en la España moderna.

Durante esta guerra nacional, Fernando continuaba siendo objeto de amor idolátrico para los españoles. Por él no habia ni padecimientos que arredraran, ni sacrificios que dolieran, ni tesoros ni sangre que se economizara. A pesar de sus renunciaciones bochornosas, la Central, la regencia, las Cortes, todos obraban á nombre del rey, todos deliberaban como poderes delegados del rey. El pueblo le conservaba la majestad de que él se habia desposeido; la nacion le guardaba la corona de que él se habia desnudado. Disculpábase débil en Bayona, y absolviase cautivo en Valencey. Era un rey que se desprendia de su reino, y un reino que no queria desprenderse de su rey. Fernando VII era rey de España y de las Indias á pesar suyo. Él felicitaba á Napoleon por sus triunfos, y el pueblo se ofrecia en holocausto por él. Él importunaba al emperador con el tema perpetuo de que le otorgara una princesa de su imperial familia para esposa, y la nacion se afanaba por entregarle al regreso de su cautividad un reino grande, íntegro, regido por leyes mas justas, y por instituciones mas sabias que las que él habia dejado.

Ni todas fueron derrotas para el enemigo en estos seis años de porfiada lucha, ni todos fueron triunfos para las armas españolas. Vióse, por el contrario, mas de una vez la España á punto de ser ahogada bajo el peso de aquellas infinitas masas de guerreros de casi todas las naciones europeas, de aquellas cohortes innumerables, conducidas por los mas expertos generales del imperio, que del otro lado del Pirineo de tiempo en tiempo desembocaban, en reemplazo de las que iban quedando sepultadas en este suelo, y que parecia brotar de un fondo inagotable como las olas del grande Océano. Pero jamás desmayó el denuedo español. Ni el número de los enemigos le imponia, ni le desalentaban los reveses, ni los peligros le arredraban, ni nada en ningun momento le hizo desfallecer. Crecia con los infortunios el esfuerzo, con los contratiempos la audacia, con los conflictos la fortaleza, la intrepidez con los apuros, con las contrariedades el valor. «No importa», decia á todo. Y se entregaba á arranques impetuosos, se multiplicaban las acciones heroicas, menudeaban las hazañas, y la victoria se iba declarando por la causa de la justicia y por los animosos de corazon. Era el genio indomable de la resistencia, que venia heredado de los antiguos celiberos; era aquella perseverancia infatigable, que desesperó á los romanos, que acabó con los sarrácenos, y de la cual no sufría la altivez española que triunfaran los franceses. Hallóse pues Napoleon con los descendientes de los que habian peleado con Aníbal, con César y con Almanzor; el vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, se encontró con los hijos de los que habian vencido en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa y ante los muros de Granada.

De caída iba ya en España el poder de Napoleon, cuando á la extremidad opuesta de Europa se oyó resonar otro grito de guerra. Era el eco de España que respondia tambien en Rusia. Allí acude el mayor capitán que han producido los siglos modernos, al frente del mas formidable ejército que han visto los siglos modernos tambien. Austria, Prusia, Dinamarca, Nápoles, la Italia entera, le han suministrado contingentes, y ha hecho una siega en la juventud de la Francia. Allí van las viejas bandas del imperio, que ha hecho salir otra vez de Castilla para trasplantarlas desde el abrasado clima del mediodia á las heladas regiones del septentrion. Cuatro veces en tres años han atravesado la Francia esos veteranos imperiales, cruzando los Alpés ó franqueando los Pirineos, teniendo que acudir alternativamente del Tajo al Rhin y del Rhin al Tajo, allí donde una necesidad mas imperiosa los llamaba. En su lugar tiernos reclutas, arrancados prematuramente á los brazos de sus madres, vienen á entretener á los cañones y bayonetas de España y á servirles de cebo, mientras él da cima á la gigantesca empresa que le llama al otro extremo del continente.

La Europa central avanza armada hácia el Norte á la voz de un hombre solo. Napoleon penetra con asombro del mundo hasta el corazon del imperio moscovita.... Dios permitió que el gigante que se lisonjaba de abarcar á un tiempo con sus brazos las dos mas opuestas naciones del continente euro-

peo, cometiera al querer conquistarlas los dos mas graves yerros de su vida... Medio millon de hombres quedó sepultado bajo las nieves de Rusia; medio millon de hombres halló su sepulcro bajo la lúcente bóveda del cielo español. Allí lo hicieron los elementos; aquí lo hicieron los hombres. Allí el hielo del clima; aquí el ardor de los corazones. Los rusos buscaron por aliado al invierno, y esperaron á que el cielo se declarara contra el hombre de la tierra; los españoles pelearon cuerpo á cuerpo con los soldados de Bonaparte y los vencieron en buena lid.

En la mañana en que se dió la famosa batalla de Mojaisk, en que jugaron ochocientas piezas de artillería, recibió Napoleon noticias de España, y la dió por perdida. Y cuando despues del desastre de Moscou se coligó contra él toda Europa; cuando los ejércitos de la confederacion amenazaban á su vez invadir la Francia; cuando todavia los restos de las columnas imperiales disputaban á los aliados el paso del Rhin, ya las tropas anglo-españolas habian franqueado el Bidasoa y perseguian á los franceses dentro de su propio territorio. Salvóse pues la España antes que la Europa. Cúpole la gloria de la iniciativa en la caída del gran coloso. Fué la primera en vencer á Napoleon.

Faltábale rescatar al real prisionero de Valencey, á su amado, á su idolatrado Fernando. Napoleon al eclipsarse su estrella se decide á reconocer á Fernando rey de España. Celebra primeramente con él un tratado de paz y amistad, y declara luego rey libre al que habia seis años era príncipe cautivo. Fernando el *Desecado* pisa al fin el territorio español.

Gran regocijo para España, que vuelve á ver su ídolo, que tiene ya en su seno al objeto de sus sacrificios y de sus votos. Resuenan por todas partes cantos de júbilo. Las Cortes acuerdan erigir á orillas del Fluvia un monumento que señale á la posteridad el dia fausto en que volvió Fernando á los brazos de sus leales españoles. Una comision de diputados sale á felicitarle al camino á nombre de la representación nacional. El rey esquiva recibirla. ¿Qué significa este desdenoso desaire? Nótese irse formando un negro nublado en el horizonte de esta nacion ebria de gozo. ¿De qué proceden y qué auguran esos síntomas fatídicos en la ocasion en que todos los corazones debieran rebosar de entusiasmo?

Pronto se aclara el misterio. Numerosas prisiones se están ejecutando en la capital de la monarquía. Llénanse las cárceles públicas: muchos desgraciados van á poblar hediondos y fétidos calabozos. ¿Quiénes son estos desventurados? ¿Son criminales á quienes no puede alcanzar la real clemencia ni aun en dias de expansion y de olvido? ¿Son por ventura los que hayan tenido la desgracia de ser traidores á la causa nacional? No; son ilustres miembros de la regencia, son los ministros constitucionales, son los mas esclarecidos diputados de las Cortes, son los mas distinguidos hombres de letras, son la flor y la gloria de España. ¿Quién ha ordenado la prision de estos varones eminentes, que tanto se han afanado por entregar á su rey una nacion grande, respetada, independiente y libre? Es Fernando VII rey absoluto de España, que tal se ha declarado á sí mismo. Publícase el famoso y tristemente célebre Manifiesto de 4 de mayo. Aquellas Cortes y aquella Constitución que los soberanos de Rusia, Suecia y Prusia, habian reconocido solemnemente por legítimas, las declara el rey de España *nulas y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo.*

El 13 de mayo de 1814 hace Fernando su entrada pública en Madrid por en medio de arcos de triunfo. La parte fanática del pueblo le victorea con frenesí; sollozos y lágrimas vertian las familias de hombres ilustres que gemian en calabozos.

«*Aborrezco y detesto el despotismo*, habia dicho Fernando en aquel Manifiesto célebre: *ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron despotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado.*» Tras estas bellas palabras empeñaba la suya de gobernar con Cortes *legítimamente congregadas*, conforme á los antiguos y buenos usos del reino. Pero añadió á la ingratitude el engaño: y el que aborrecia y detestaba el despotismo, hizo enarbolarse de nuevo el negro pendon inquisitorial abatido

en Cádiz, y lanzó á los mas ilustrados españoles á los presidios y á las áridas rocas de Africa. Tal fué el fruto que recogió la España de su gigantesco esfuerzo.

Triunfante la monarquía absoluta, pero difundidas las ideas de libertad; perseguidos, pero no desalentados los constitucionales; empeñada y no cumplida una real palabra; llorando unos la destruccion de lo pasado, y satisfechos otros con lo presente; empobrecida la nacion con las profusiones antiguas y con los recientes dispendios de una guerra de seis años; apurado el público tesoro, y encomendada la administracion á manos inhábiles; insurreccionadas las colonias de América, y privada de sus recursos la metrópoli; disgustados muchos, exasperados algunos, contentos pocos, pásanse otros seis años del reinado de Fernando en sofocar conspiraciones y reprimir tentativas de los adictos al régimen constitucional.

Apeteciendo estos un cambio en la organizacion del estado, volvian naturalmente sus ojos al código de 1812, única bandera de libertad que entonces se conocia. No se pensaba en las imperfecciones, ni en si era el mas acomodado y aplicable á la situacion de España; y dado que se pensara en ello, olvidáranlo todo en gracia de simbolizar una época de glorias y de patriotismo mal correspondido. Este código era el que se invocaba siempre. Contestaba el monarca con cadalsos y con calabozos. Allí fueron á terminar una tras otra todas las tentativas.

Una insurreccion militar proclamó otra vez aquella misma constitucion, allá cerca de Cádiz, donde habia nacido. Esta vez no pudo reprimirse el movimiento. Las ideas habian cundido, y las grandes poblaciones se levantaron en apoyo de la revolucion militar. La capital de la monarquía siguió el mismo impulso, y Fernando juró aquella misma constitucion que seis años antes habia tan rudamente anatematizado. Hasta qué punto marcharan acordes en este juramento el corazon y los labios, la letra y el espíritu, la real conciencia y la real palabra, el juicio público lo caló pronto, y los sucesos lo mostraron despues mas claro.

Breve y efimero, agitado y proceloso fué este segundo período de gobierno constitucional. Todo conspiraba contra su afianzamiento. Las Cortes agriaron al clero y la nobleza, lastimando sus intereses y añejos privilegios con la ley sobre vinculaciones y la venta de los bienes monacales. El partido vencedor, embriagado con el gozo de haber pasado de los calabozos á las sillas del poder, de la roca Tarpeya al Capitolio, no supo contener el entusiasmo dentro de sus justos límites, y muchos se entregaron á ruidosas demostraciones y alharacas, y se propasaban á desacatos y desmanes que provocaban las iras de los vencidos, ofendian altos poderes, y predisponian á la venganza. Por su parte los realistas, ó llevados del fanatismo, ó instigados por las clases privilegiadas, comenzaron pronto á inquietar las provincias promoviendo la guerra civil, primero en pequeñas partidas armadas, en gruesas masas despues, y conspirando siempre daban ocasion á medidas violentas por parte del gobierno y de las autoridades, ó á demostraciones mas violentas aun por la del partido dominante. Las exageraciones de las sociedades patrióticas alarmaban á los tímidos y desabrian mas á los descontentos. Las sociedades secretas introducian el cisma entre los mismos amigos de la libertad. El gobierno estaba muchas veces en desacuerdo con las Cortes, á veces lo estaba con el trono mismo, y faltaba un poder moderador entre la corona y el elemento popular. Todo conspiraba; y acaso no era el menor de los conspiradores el rey mismo, que si no lo fué desde el instante de jurar la Constitución, por lo menos no le cogian de sorpresa ni las maquinaciones de dentro ni los desiguos de fuera.

No podia la Santa Alianza, en su vivísimo celo por el principio de la omnipotencia monárquica, consentir en España el triunfo de una revolucion que se habian apresurado á imitar Nápoles, el Piamonte y Portugal; y aunque la anarquía interior no hubiera dado tanto pretexto á la intervencion de las grandes potencias, creemos que de todos modos se hubiera

resuelto en el congreso de Verona apagar un fuego que miraban como peligroso. ¿Se habría desarrugado el ceño de aquellos soberanos si el gobierno constitucional de España se hubiese prestado á las modificaciones que le proponían? ¿Se hubiera parado el rudo golpe si la contestacion del gabinete español á las notas de los aliados hubiera sido menos altiva ó menos adusta? La fogosidad de los ministros españoles no consintió esta prueba, y cien mil bayonetas vinieron á responder al arrogante reto.

Suecumbió, pues, por segunda vez la libertad en España en los mismos sitios que las dos veces le sirvieron de cuna. Pero en 1814 había bastado á ahogarla un simple decreto del rey: en 1823, fué necesario el auxilio de los cien mil nietos de San Luis. ¿Destino poco feliz, y mision nada envidiable la de la Francia! Las armas de Napoleon habían venido á arrebatarse á España su independencia; las armas de Luis XVIII vinieron á arrancarle su libertad. Conducíanse del mismo modo con ella el poder de la revolucion y el poder de la legitimidad. Las águilas y las lises le eran igualmente funestas.

No aplaudiremos nosotros los descomedimientos é irreverencias que en la fogosidad de las pasiones se permitieron algunos para con la majestad; pero tampoco hallamos modo de justificar ó la inconsecuencia ó la doblez del monarca en los últimos episodios de este drama de tres años. El prisionero de Cádiz no desmintió al prisionero de Valencey. Su proclama de 1.º de agosto en la ciudad española rebosaba el mas encendido liberalismo, como los escritos de su pluma en la ciudad francesa le revelaban el bonapartista mas apasionado. El 30 de setiembre ofrecía á los constitucionales todas las garantías apetecibles: el 1.º de octubre se proclamó otra vez rey absoluto, y anuló de una plumada todos los actos del gobierno que espiraba y todas las promesas reales. El decreto del Puerto de Santa María anunció que Fernando VII era el mismo hombre del decreto de Valencia, y el 4 de mayo de 1814 se reprodujo en 1.º de octubre de 1823 con augurios aun mas siniestros.

Porque la reaccion se ostentó implacable y espantosa. Había mas resentimientos que vengar, y la gente fanática se mostró tan brutalmente rabiosa en sus venganzas, que Angulema y su ejército hubieron de avergonzarse de haber sido los instrumentos de una contrarrevolucion tan bárbaramente desbordada. El mismo príncipe generalísimo quiso templar aquel furor salvaje dando por sí algunas garantías contra la arbitrariedad y los atropellos; pero clamaron contra tan humano pensamiento las nuevas autoridades españolas, y so pretexto de que usurpaba la soberanía del rey ahogaron la única voz de compasion y de filantropía que se atrevía á levantarse en favor de los oprimidos. El iracundo fanatismo del 23 se sublevaba hasta contra la caridad extraña. Atestáronse los calabozos de presos ilustres, y se dió abundante tarea á los verdugos. Declaróse una guerra de exterminio contra la raza liberal, como contra una raza maldita. La expiacion alcanzaba á todo lo mas espigado de la sociedad. El mas feliz era el que lograba ganar una frontera, ó entregarse á la aventura á los mares. Parecía que la humanidad había retrocedido veinte siglos.

Faltó al complemento de tan negro cuadro el restablecimiento de la Inquisicion, por última vez abolida en el gobierno de los tres años. Solicitábalo con instancia el partido apostólico: pedíanlo con ardiente fanatismo autoridades y corporaciones; pero merced á la Santa Alianza misma, merced principalmente á la Francia que declaró explícitamente no consentirlo, nunca el monarca se prestó á ello. Hubo, no obstante, dos prelados tan locamente fanáticos que tuvieron la audacia de restablecer el Santo Oficio en sus diócesis por propia autoridad. En Valencia llegó á ejecutarse un auto de fe. El gobierno no le había autorizado, pero no lo castigó. Á falta de inquisicion religiosa se discurrió una inquisicion política, y se inventó el sistema de las purificaciones, y se crearon comisiones militares, especie de inquisidores con galones y entorchados. Sometióse á purificacion hasta á las mujeres que tenían opcion á pensiones; los cómicos necesitaban purificarse para poder ejercer su profesion, y los lidiadores de toros tenían que acreditar plenamente no estar infectados de la lepra del liberalismo si habían de ser habilitados

para el ejercicio público del arte. En los registros secretos de la policia se hallaba anotada una miserable mujer septuagenaria, hija y esposa de labradores, que no sabia leer ni escribir, y que había sido calificada con la nota de «mujer de mucha influencia por su fortuna; adicta al sistema constitucional; masona, y patriota exaltada sin comparacion.» No há muchos años se conservaba archivado este singular proceso. Y en la *Gaceta de Madrid* de 30 de octubre de 1824 se publicaba la sentencia siguiente:

«Francisco de la Torre, de estado casado, de edad de cincuenta y cinco años, natural de Córdoba y vecino de esta corte, de oficio zapatero; Justo Damian, Joaquin del Canto, María de la Soledad Mancera, Dolores de la Torre, Ramon Fernandez, Antonio Fernandez, Francisco Susanaga, Roque Mirar (prófugo), Juan de la Torre y María del Cármen de la Torre: resultando estos procesados hallarse confesos y convictos del delito de tener en su casa colgado á la vista el retrato del rebelde Riego, y conservado el nefando folleto de la Constitucion: vista la causa en 24 de setiembre último, ha sido condenado el Francisco á llevar pendiente del cuello el retrato hasta la plazuela de la Cebada de esta corte, para que presencie la quema pública del mismo retrato por mano del verdugo, y que ademá sufra la pena de diez años de presidio con retencion: que la María Soledad Mancera, su mujer, en consideracion á su sexo y á la culpa que resulta contra ella en la conservacion del retrato del mismo Riego, y á la irreligiosidad que usó con una estampa de la Virgen Nuestra Señora, sufra asimismo la de diez años de galera...» ¿Qué falta hacía la inquisicion religiosa donde la inquisicion política se encargaba de resucitar los autos de fe, con sus procesiones, sus quemas en estampa y sus sambenitos?

Ocurrían por este tiempo del otro lado de los mares sucesos de alta importancia, no mas prósperos, aunque de índole bien diferente. Nuestras colonias de América llevaban á cabo su emancipacion de la metrópoli, y España perdía un mundo entero al mismo tiempo que su libertad: esta para volver un día á recobrarla; aquel para no volver á poseerle.

Aun no contentaba el despotismo reaccionario que siguió á la restauracion del 23 al partido llamado apostólico, que no perdonaba á Fernando el crimen de no haber restablecido la Inquisicion; desazonábale el que hubiera intentado modificar la organizacion de los voluntarios realistas, y no pudo sufrir una sombra de amnistia que el monarca se vió obligado á dar á los liberales. Comenzó, pues, el partido ultra-absolutista á conspirar contra el rey absoluto, encubiertamente primero, y á las claras despues. Á su vez los emigrados liberales, con mas patriotismo que elementos, y con mas ardor que prudencia, se lanzaban á tentativas temerarias y á arrojadadas empresas para restablecer el gobierno constitucional. Prematuros planes, y como tales malogrados, que no producian otro fruto que dejar manchadas las playas y fronteras del reino con la sangre de aquellos acalorados patriotas, empeorar la suerte, ya harto desventurada, de sus amigos políticos, y hacer mas osado y frenético al partido realista exagerado.

Con mas elementos contaba este cuando promovió la insurreccion de Cataluña, que se presentó imponente, terrible y audaz, como que la dirigía el *Angel exterminador*, advocacion la mas adecuada al sistema de exterminio que constituía la base de la sociedad secreta que se engalanaba con aquel título. El clero predicaba en público de real orden contra la insurreccion con patente tibieza; de secreto, aunque no con gran rebozo, atizaba fogosamente el furor de las bandas de la fe. Invocabábase ya abiertamente dos nombres que no eran ni Fernando ni absolutismo. Estos nombres eran Inquisicion y Carlos. En aquel tribunal y en este príncipe veían ellos la encarnacion viva de su partido.

La presencia del monarca en el teatro de la rebelion concertó á los rebeldes, y apagó un fuego que amenazaba devorar el trono. Los jefes de los insurrectos, despues de admitidos á besar la real mano, eran llevados al patíbulo cuando menos lo esperaban. Los proclamadores de la Inquisicion subcumbían inquisitorialmente. Solo se sabia el número de víctimas por el número de cañonazos y por las veces que se veía ondear un pendon negro sobre el torreón de una ciudadela.

Lo demás lo sabia el conde de España, especie de Torquemada militar del siglo XIX.

Tampoco desistían de sus tentativas los emigrados liberales. Todos eran tenaces, y todos pagaban cara su impaciencia. Las playas de Málaga y las crestas del Pirineo volvieron á enrojecerse con la sangre de ilustres víctimas. Torrijos fué el mas compadecido de los mártires, porque fué el mas impiamente engañado. Poco menos lo fué Mina, y poco le faltó para que las simpatías francesas de la revolucion de julio le llevaran á un fin tan trágico como el de su generoso compañero.

Así procuraba Fernando, como observa un escritor contemporáneo, sostener entre opuestos partidos una balanza sangrienta, en cuyos platos echaba cabezas para equilibrarla el conde de España. Conspiradores de ambos bandos eran ejecutados con una imposibilidad igualmente fria. En el hecho de atentar contra su poder dábase lo mismo que vistieran el gorro frigio ó el bonete teocrático; y lo mismo eran sacrificados Riego, el Empecinado, Manzanares y Torrijos, que Bessieres, Busols, Ballester y el *Padre Puñal*. Propia conducta de quien tenia en el ministerio á Zea y Calomarde para que mutuamente se espíaran, de quien oponía á los Erro, los Eguía y los Aymerich, furiosos atizadores del despotismo, los Ofalia, los Ballesteros y los Zambrano, ó moderados ó tolerantes con los reformadores, que encargaba á Ugarte y Larrazabal que los vigilaran á todos cuidadosamente, y que sonriendo alternativamente á unos y á otros, se escudaba con todos y no obedecía á ninguno.

Es un período horrible de nuestra historia el de estos veinte años. Pero el movimiento progresivo de la razon humana tenia que salir victorioso de esta lucha sangrienta, y la Providencia lo dispuso así por una série de combinaciones inesperadas, de aquellas que suele poner en juego cuando determina cambiar la condicion de un pueblo.

La obra de la regeneracion española que los hombres habían por tantos años contrariado y detenido, encomendóse á la belleza de una mujer y á la inocencia de una niña. El monarca á quien no habían conmovido las terribles escenas de tantas revoluciones, y á quien los sacrificios de tantos millares de hombres no habían ablandado, no pudo resistir á los encantos de una esposa cariñosa y tierna, que vino á reanimar su existencia achacosa, y á halagar con la esperanza de la paternidad á quien en los dias de su robustez y juventud no había podido lograr fruto de sucesion de otras tres princesas con quienes sucesivamente había compartido el tálamo y el trono. Gran inquietud y zozobra causó este cuarto consorcio al partido apostólico, que contaba con la seguridad de ver pronto colocada la corona de Castilla en el hermano mayor del rey por falta de sucesion directa: gran manantial de esperanzas para el partido liberal, que instintivamente las cifraba todas en la jóven princesa de Nápoles, y que se aumentaron y avivaron al saber que ofrecía síntomas de próxima maternidad.

El doble amor de esposo y de padre hizo á Fernando prever el caso del nacimiento de una princesa, y queriendo dejarle allanado el camino del trono, dió fuerza y sancion de ley á la pragmática sancion de Carlos IV, que entonces era todavía un secreto, y al acuerdo de las Córtes de 1789, que derogaba el auto acordado de Felipe V relativo á la sucesion de la corona. Cuando nació la princesa Isabel, encontró ya garantidos por la ley sus derechos al trono. El nacimiento de otra princesa á poco mas de un año, acabó de aumentar el desconcierto y la desesperacion del partido que ya se denominaba carlista, y que á pesar de todo ni reconocía el derecho ni cejaba en sus designios. Agraváronse los males del rey. La enfermedad tomó un carácter alarmante que hacia desesperar de su vida. Estos fueron los momentos que escogieron los hombres que blasonaban de religiosos para arrancar al moribundo monarca la resolucion que apetecian.

En una alcoba del palacio de la Granja se iban á resolver los destinos futuros de una gran nacion. Iba á decidirse la lucha entre el progreso de la razon humana y el retroceso de las ideas, entre la civilizacion y el fanatismo, entre la legitimidad y la usurpacion, entre la inocencia y la hipocresía. Ciérmense y se agitan en torno al lecho del dolor en que yacia Fernando, intrigas y amaños semejantes á los que rodearon

el lecho mortuario de Carlos II. Desigual era la lucha, interesante y patético el drama, tierna y horrible á un tiempo la escena. De una parte hombres osados, avezados á los manejos, ayudados de un extranjero audaz y de los directores de la conciencia de un monarca moribundo, cuyas facultades mentales turbaban ya las sombras de la muerte; de otra una esposa atribulada, fatigada por las viglias, madre afligida y tierna, traspasado su corazon con el doble dardo de un esposo que va á fallecer y de dos inocentes hijas amenazadas de orfandad. Aquellos aterrando al augusto enfermo con las penas de otra vida, intimidando á la desolada madre con siniestras predicciones sobre ella y sobre sus hijas, si no se apresuraban á revocar el acta que las llamaba al trono: el rey no pensando sino en morir con conciencia tranquila: la reina no queriendo acibar los últimos momentos de su esposo... ¿qué habían de hacer? Cristina consiente, Fernando traza con mano incierta y temblorosa sobre el documento que le presentan unos caracteres casi ilegibles que significan su asentimiento... El triunfo del bando carlista parece haber dejado de existir, y Carlos recibe las felicitaciones y plácemes de los palacios.

Pero la Providencia da un nuevo y sorprendente giro al interesante drama que parecia terminado. El rey vivía... el que tantas veces había burlado á los partidos políticos en vida, los engañó con la muerte. Aun da lugar á que otra princesa de ánimo varonil y resuelto acuda de larga distancia con la velocidad del rayo á realentar los abatidos espíritus de los régios esposos. A la aparicion de este personaje, que parece revestido de un poder mágico é irresistible, tiemblan los mas atrevidos conspiradores; las palabras enérgicas que salen de su boca los humillan y anonadan. El testamento arrancado por sorpresa al moribundo monarca es rasgado en menudas piezas por las manos de una mujer. Un tanto repuesto el soberano de sus dolencias y de su asombro, trasmite el cetro de la monarquía á su tierna esposa para que la riija hasta el total restablecimiento de su salud. Desde este momento la escena cambia. Cristina abre con una mano las puertas de la patria á los liberales proscriptos, y con otra rompe los cerrojos con que los enemigos de las luces tenían cerrados los templos del saber.

Fernando, recobrado de su enfermedad lo bastante para poder manejar el cetro, vuelve á empuñarlo otra vez, y ratifica el acta de 1830. La reina Isabel es jurada solemnemente princesa de Asturias y heredera del trono por las Córtes de la nacion. Carlos protesta. Muere Fernando VII en 1833.... Isabel es aclamada y reconocida por reina legítima de España. Comienza aquí una nueva era para la nacion.

XVIII

Quando al leve soplo de una brisa suave se ve caer derumbado el árbol añoso y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, preciso es reconocer la intervencion de un poder superior que da á los agentes secundarios una fuerza de accion desusada y que de las leyes naturales no se pudiera esperar. «Dios, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.»

Todo lo había ido preparando por caminos en que tal vez los hombres de entonces no repararon bastante. Él fué sin duda el que, cuando la existencia del monarca parecia mas marchita, le dotó de una sucesion que le había negado en los dias de su mayor virilidad. Él quien permitió que el que tantas veces se había retractado en vida, en contra siempre de los hombres de unos principios, se retractara una vez en favor de ellos *in articulo mortis*, subsanando así en la muerte, si posible fuera, las contradicciones de la vida. No es esto solo.

Hallábase de un lado todos los elementos de fuerza, del otro solo debilidad. De un lado la influencia y el poder, de muchos años ejercidos por hombres prácticos y sagaces, que contaban con un príncipe en edad sobradamente madura para poder manejar el cetro con propia mano, y dispuesto á realizar su reaccionario sistema: del otro dos princesas hermanas, y